

Viernes, 1 de agosto

El miércoles llegué a Riparia con Ana. Para este agosto hemos alquilado la casa solitaria de los cuatro caminos. Elegimos la isla porque reúne las condiciones necesarias para poner en orden nuestros asuntos matrimoniales. Buscamos paz, un ambiente tranquilo, vida de pueblo, silencio, calma. Tiempo para charlar sin sobresaltos, sin compromisos apremiantes de amigos o sociales. Mi última infidelidad ha colmado su paciencia. Sé que los treinta y un días que nos aguardan frente a la soledad del Atlántico serán definitivos para nuestra convivencia futura, sin embargo mi mente, que siempre me traiciona, quiere que dedique parte de este tiempo sagrado a tejer el argumento de mi nueva novela. Esto es una prueba del poco espacio que Ana ocupa en mi cerebro.

Después de veintiocho años de matrimonio y un rosario de aventuras por mi parte, no tengo nada claro que valga la pena luchar por una convivencia caduca. Pero también, debo ser sincero, es una relación cómoda y sin sobresaltos gracias a su paciencia. Nuestra vida se mueve dentro de la rutina o de la

vorágine que marcan mi oficio de creador. A largos periodos de calma y escritura le suceden meses de locura y promoción de mis libros por medio mundo. Es una suerte vivir del fruto de la imaginación. Sin embargo, la imaginación también exige sus tributos. Exige vivir. Palpar la realidad. Y mi realidad, como queda patente en mis novelas, se nutre de sentimientos. Soy un auscultador de sentimientos. Un vividor sentimental en contra de lo que Ana piensa. Para ella mis argumentos sólo son excusas, mentiras con las que me engaño, con las que me justifico cada vez que se abre o se cierra una pasión en mi vida. Quizás tenga razón. En el fondo puede que sea un cobarde. Nunca estoy seguro de enamorarme de nuevo, por eso nunca la abandono, por temor a la soledad. Seguramente, también por cobardía, accedí a venir a Riparia. Accedí a entrar en el juego del diálogo y las promesas para incumplir.

Además, en toda convivencia siempre juegan las circunstancias. Nadie es propietario de ellas. El suceso de esta madrugada no es fruto de la casualidad. Tengo la certeza de que cambiaré nuestros planes en la isla. Yo no estaba dormido, no. Estaba despierto y bien despierto. Puedo dar fe de lo que vi.

Es cierto que la casa posee un toque de misterio. Algo apartada del caserío de Riparia, en la encrucijada de cuatro caminos, desprende un aire de soledad

obligada. No, de abandono no. De soledad indeseada. Por eso me gustó a mí y le molestó a ella, aunque fue Ana quien la eligió por estar a dos pasos de la única playa de la isla. La contrató por teléfono, sin verla, y le agradó que fuera propiedad del alcalde.

—Eso me da tranquilidad —afirmó—. Además la isla es de las pocas zonas que se han salvado del chapote tras el hundimiento del **Prestige**.

Para mí es suficiente con ver el océano desde la casa. Me gusta dormir con la ventana abierta y esta noche, además, dejamos la puerta del dormitorio de par en par para que corriera el aire. Desperté pasadas las tres de la madrugada y me sorprendió la luz de plata que venía del mar. La estela de la luna llena se había metido en el cuarto trayendo el susurro de las olas de la ría en calma. Entonces lo vi. Al girar la cabeza observé su silueta más allá de la puerta. No me sobresalté, quizás porque de inmediato intuí que aquel hombre no estaba vivo. No podía estarlo porque colgaba en el rellano de la escalera. Me incorporé en la cama para observar mejor. Era un varón joven al que le caían los brazos a lo largo del cuerpo. Camisa blanca de verano, pantalón de loneta, zapatillas de esparto. Moreno. Y el rostro de un ahorcado. Hice ademán de levantarme y en ese instante se disolvió en la penumbra.

Sábado, 2 de agosto

Ayer, mi primera intención fue despertar a Ana para que viera al ahorcado pero su sueño es pesado y su despertar lento. Si ella hubiera visto lo mismo que yo, podría hacerla partícipe de mi experiencia. Sin embargo, quizás sea mejor mantenerla al margen. Hace mucho tiempo que no participa de mis inquietudes ni de mis proyectos, incluso inconscientemente me expulsa de los suyos. No le sirven mis opiniones sobre su pintura y en la vida cotidiana somos dos líneas divergentes que conviven en la monotonía. Su egocentrismo pesa más que el mío y se alza como una barrera entre nosotros que ella es incapaz de ver.

La visión del joven colgando en la caja de la escalera no me inquieta, pero me atrae. Me levanté temprano y salí a pasear por las inmediaciones de la casa. Su arquitectura es típica de las viviendas levantadas por los indios en los años veinte del siglo pasado. Dos plantas y bajo cubierta. Pequeño torreón. Escalinatas de entrada. Jardín descuidado con nostalgia de una ayer glorioso. Y toda ella cercada por una verja de hierro forjado. Su estilo quiere ser modernista. Una

casa excesiva para la isla. En la aldea no he visto otra semejante y seguro que el alcalde, su propietario, no vive en una mejor. No deja de ser sorprendente.

Decidí indagar sobre su origen.

En el camino que baja hacia la playa hay una pequeña taberna. Desde el alto observé que estaba abierta y bajé acompañado por los ladridos de un perro que marcaba el territorio de su dueño. Nada más entrar, la tabernera me miró con complacencia, con ese gusto que muestra la gente sencilla cuando se enfrenta a mi popularidad. Me conocen por la televisión y los periódicos, aunque jamás hayan leído uno de mis libros. Es una mujer entrada en carnes, aunque no en años, quemada por el sol y el salitre. De mirada franca. Me senté en la barra, a cuyo extremo había un hombre acodado sobre *La Voz de Galicia*. La mujer y yo trabamos una conversación convencional acerca del tiempo y del lugar, mientras me servía el desayuno. Enseguida fui por mi interés.

—¿Sabe usted quién construyó la casa de los cuatro caminos?

La mujer miró al extremo de la barra y se secó nerviosa las manos en el delantal. Se enrareció el aire. El hombre, que debe de ser su marido, se apresuró a contestar seco y cortante.

—No sabemos nada. En Riparia es mejor no preguntar por el pasado.

—¿La alquilan todos los veranos? —insistí.

—Hay años que no.

Ahí se rompió la comunicación. Bien, pensé, la casa, además de un ahorcado tiene una historia inconfesable. Interesante. Regresé, de nuevo acompañado por los ladridos del perro. Al culminar la cuesta observé que un joven, camisa blanca, pantalón de loneta azul, cerraba la verja, se calaba un sombrero de verano y emprendía la huida en dirección contraria al pueblo. Apresuré la marcha para alcanzarlo pero al doblar el recodo del camino había desaparecido entre la vegetación. En aquellos cincuenta metros me convencí de que el ahorcado y aquel hombre eran la misma persona. ¿Qué sucede? ¿A qué viene esto? Cuando entré en la casa, Ana ya estaba en la cocina con una taza de café entre las manos y la mirada acunada en el mar.

—¿Quién era ese tipo que salía del jardín?

—No he visto a nadie salir del jardín, Simón.

Desde la ventana tenía que haberlo visto. Comprendí que no estaba de humor y decidí inspeccionar la casa. No encontré nada de particular. Mobiliario de la época. Espacios en los que faltaban cuadros. Nada extraño. Me detuve en la barandilla de la escalera buscando alguna huella de la cuerda que debió de sostener al ahorcado. Algún roce, restos de esparto. Nada. Hacía mucho tiempo que fue barnizada por última vez pero el barniz estaba intacto.

–Ha llamado Tom –gritó Ana desde el dormitorio–. Mañana vienen a pasar el día.

Me alegró la noticia. Tom es mi médico y con él podré hablar del asunto.